modos de practicarla; los libros dan también reglas para hacer la oración, pero es sólo Dios quien tiene que enseñarla y ponerla en el alma. Dios se la enseñó al pastor primero y luego solitario San Simón el Estilista; Dios se la enseñó a San Pacomio haciéndole pasar antes terribilidades inexplicables. como se la enseñó a tantos solitarios y a tantos ignorantes que fueron santos; Dios se la enseñó a San Ignacio en breve tiempo y Dios fue el Maestro de oración de mis santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

Los Santos solitarios de los más famosos desiertos, empezaban enseñando el vencimiento a cuantos allí acudían para ser almas de continua oración; y con el vencimiento, el ejercicio de las virtudes, de la caridad, de la humildad, de la presencia de Dios. Luego dejaban a Dios que enseñara al alma la oración con su presencia divina. Dios era el principal Maestro de la vida interior de aquellos solitarios, que pasaban de la oración afectuosa, a la de silencio íntimo y soledad profunda del espíritu sumergido en Dios, silencio que rompía a veces en fuegos ardentísimos e iluminaciones de cielo. Pero vivían casi en absoluta carencia de otros libros que los de la Escritura Santa y Dios era el guía y sostenedor en este camino de la oración hasta que llegaban a su fin y ellos perseveraban constantes. ¿Quién fue el Maestro de la oración de San Francisco?

¿Quién puede enseñar a amar sino el amor? Podrá estimularse el amor con lecturas santas, con reflexiones y exhortaciones espirituales, con admirables ejemplos; pero ama el que tiene amor; la

ciencia y el conocimiento pueden preparar para amar, pero no dan el amor. Se ama amando. Se está gustoso en la compañía del que se ama. Se desea y busca el trato y la compañía del amado. Se acrecienta el amor viendo las magníficas cualidades del amado. Sólo Dios puede poner su amor en el alma. Dios llega a abrasar dulcísimamente al alma que procura estar continuamente con El amándole y pidiéndole su amor. Dadme, Dios mío, que os ame. Llenadme de vuestro amor.

101. No tiene mucho amor el que habla mucho, sino el que ama mucho. El que ama, busca la presencia del amado y conocer sus perfecciones. El que ama a Dios, busca a Dios, se ofrece a Dios, procura estar siempre ante Dios y tener a Dios presente en la propia alma y mirarle fija y atentamente dejando todas las demás cosas para admirarle y amarle más. Dios se mete por los ojos de la atención y se pone en el alma y toma posesión del alma que le mira e invoca. Mirando a Dios se aprende algo de lo infinito e inefable de Dios y lo nada del alma y de todas las cosas criadas comparadas con Dios. El llena al alma y la ilumina toda. Dios, que me hace patente que de mí no soy nada ni valgo nada ni para nada, y que todo el mundo es como nada ante él, me enseña también que soy joya hecha por El y para El y encontraré en El mi dicha y hermosura si me ofrezco a El y me enseña a ofrecerme y a no separarme de El. Dios me enseña su amor y me da su amor. Tomad ya total posesión de mí. Asentaos en mi alma y llenadla de Vos mismo. Dios se hace mío y me hace suya. Soy átomo envuelto, embellecido e

iluminado por la inmensidad, bondad y hermosura de Dios.

Al verse el alma nada de suyo, se ve en su propia verdad y conoce su propia realidad; pero cuando se encuentra en aridez, al mismo tiempo que su propia nada, ve que no sabe decir nada ni se le ocurre nada; se ve a sí misma como muerta y sin fuerza para levantar con afecto sus ojos al cielo. Se ve abandonada y rodeada de un silencio que no dice nada y de una sequedad que la oprime y espanta, como si el Señor se hubiera escondido y lo hubiera perdido todo, hasta el recuerdo amoroso del mismo Dios. Una cosa la parece ver claramente: que está perdiendo el tiempo y que el tiempo se la hace sobremanera pesado por esto y porque no se la ocurre nada ni sabe nada. Escucha a Dios y no le oye.

En verdad Dios se ha escondido, aunque se ha escondido dentro del alma sin que el alma le sienta ni se dé cuenta de ello. Dios quiere al alma en la prueba. Dios está secreta y misteriosamente tomando posesión del alma para transformarla. Dichoso este tiempo que parece perdido. La fe me cerciora de que soy átomo de Dios y que este es el momento en que me prepara para envolverme e iluminarme con su luz. Pobre del alma que ante esta prueba busca la consolación y distración de las criaturas o de la ciencia; si no persevera constante y fiel en la oración, nunca llegará a lo que Dios quiera de ella.

102. Dentro de sí piensa el alma, como lo más prudente y conveniente, que la oración será la cosa más grande y más hermosa, pero no es para ella.

Experimento que a mí no me quiere Dios alma de oración ni alma de amor. Usando una frase vulgar, pero expresiva, mientras encuentra el alma expansión y alegría en el trato con las amistades, siente a Dios pesado e insípido e insensiblemente y por instinto, tiende a dejar la oración y el trato largo con Dios y llevar vida ordinaria, cómoda y de relaciones de amistades buenas, que hacen más amable la vida, sin intentar ser alma de oración. Esta es reflexión diabólica. El demonio quiere hacer ver al alma que no pierda tiempo y deje esta oración; que procure ser buena y se contente con rezar y practicar obras buenas. Que eso es para almas santas y no es para mí ni Dios lo quiere de mí.

Alma mía; no vuelvas atrás; no des oídos a las sugerencias del demonio y ésta lo es. Dios te quiere hacer suya y alma de amor. El demonio se tiende aquí para amedrantarte y espantarte y que dejes la vida espiritual y no te acabes de entregar a Dios, como se lo habías prometido.

Ahora Dios te quita la oración que tenías y te deja en soledad, en aniquilamiento y en vacío sin que sepas ni puedas discurrir ni formar afectos, porque quiere enseñarte su oración, ser tu Maestro y ponerse dentro de ti misma y con ello ser tu luz y tu vida y llenarte de amor. No te desalientes ni vuelvas atrás. No dejes a Dios. Te hace experimentar tu nada, porque te ama y quiere enseñarte mayores y más delicados tesoros.

Los santos también experimentaron su nada; también los santos conocieron la lucha contra el desaliento, pero se fortalecieron en la fe, y perseveraron y llegaron a la posesión del amor. Nunca de ti

misma podrás ni sabrás ser alma de oración, pero Dios te lo enseñará. Te dará su amor y el amor te enseñará.

103. Mi Santo Padre me dice lo que él sufrió y sintió pasando esto: *dije: no habrá quien lo alcance.* No habrá quien pueda tener esta presencia de Dios; no habrá quien pueda tener esta oración. Es la misma reflexión que yo me hago al decir: yo nunca podré tener esta oración o ser alma de oración; y es muy grande verdad si lo veo con humildad y sin desaliento.

Si sólo un momento creyera que podía y dijera: *Yo llegaré a tener oración*, estaba engañado y engreído. Yo no puedo tenerla por mí mismo. Dios me hace la merced de que lo vea y experimente. Pero continúa diciéndome mi Santo Padre: *y abatíme tanto, tanto*; el conocimiento de la propia nada y el abrazo o aceptación de la debilidad e impotencia propia ponen al alma en la más profunda humildad y en el vacío más grande. Es una humildad gustada e íntima. Al verse el alma tan impotente, hace el atrevido esfuerzo de cerrar los ojos y con todo su amor poner la total confianza en Dios y perseverar esperándola. Se ve más hija de Dios de quien todo lo ha de recibir y su Padre celestial no dejará de dárselo, pues sabe que lo necesita y por esto se dice a sí misma: *seré toda de Dios; aun cuando me viera perdida y en la mayor desolación. Quiero y determino estar siempre ofrecida a la voluntad y al amor de Dios sin separarme de El, sentada sobre mi propia nada y oscuridad y sobre la confianza en Dios. Al pie de la letra puedo realizar las palabras*

de Jeremías: «Sentaréme solitario y callado sobre mí mismo considerando mi impotencia y la infinita bondad y poder de Dios, a quien miro.»

Enseñado por Dios se abrazó San Juan de la Cruz en su oscuridad y abatimiento con la humillación y la impotencia, y se puso confiado en el Señor y así nos pudo decir gozoso de su triunfo y de su encumbramiento sin sabérselo explicar:

Y abatíme tanto, tanto,
que fuí tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

104. Pero fue Dios quien lo hizo. Fue la mano misericordiosa y omnipotente del Padre, el cual, oyendo el clamor del alma y viendo la angustia y la esperanza de su amada hija, obró el prodigio, pudiendo decir el alma gozosa y admirada:

Por una extraña manera
mil vuelos paseé de un vuelo;
porque esperanza del cielo
tanto alcanza cuanto espera.
Esperé sólo este lance
y en esperar no fuí falto.

Yo no sé aún hacer oración. Yo, de mi natural, no puedo hacer la oración que sueño y deseo; pero yo sé que mi Padre celestial me enseñará y me dará una oración muy superior a cuanto yo sueño y puedo pensar. No sé cuánto tiempo querrá que aún le esté esperando; pero sé que cuando sea lo suficientemente humilde, y me haya abrazado con el anona-

damiento, y haya aceptado sus pruebas y me haya ofrecido y puesto en sus manos, me la dará. Como sé igualmente que no puedo ser o dar gusto a mis apetitos, gustos, curiosidades y vanas o inútiles amistades o pasatiempos y ser de Dios. La presencia de Dios y su trato amoroso exige recogimiento y vencimiento.

Dios mío, ¡quién fuera alma de oración! Y al pensar así, siempre han pasado por mi mente los fervores y afectos de los Santos, y me emociona recordar la ternura y emoción que en la oración sentían. Recuerdo a San Felipe de Neri con la costilla de su pecho rota por la fuerza de su amor; o a San Pablo de la Cruz; a San Francisco de Asís y a Santa Catalina de Sena sintiendo en sus miembros la impresión de las llagas como sello del Señor; a mi Santa Madre con el corazón trasverberado por un Serafín y a mi Santo Padre y a tantos Santos vertiendo en palabras encendidas en fuego de cielo el amor que en la oración recibían. Siempre me figuro al alma de oración hecha un ascua de fuego.

105. Mas ahora me doy cuenta de que la oración no es eso. Los Santos y todas las almas de oración, antes de que recibieran esa especial y altísima oración, habían pasado muchos ratos, meses y años de oración seca y árida y de lucha; habían esperado mucho tiempo a Dios y su visita. Tanto más se esforzaban en vivir recogidos y en practicar las virtudes cuanto más sentían el hastío y aún la desolación en la espera. Y porque permanecieron en la oración esperando y amando y clamando al cielo, Dios les dio su oración, que es la íntima, silenciosa

y extraordinaria. Recibieron la suavísima unción del Espíritu Santo. Era ya una oración sobrenatural, que los inundaba. Dios premiaba con ese ansiado e inimaginable don su perseverancia y fidelidad. Pero antes habían saboreado la amargura de la propia nada e impotencia.

La aridez y tedio, que habían pasado y vencido, era magnífica oración, no gustosa, pero tan santificadora y agradable a Dios, que por ella les dio el Señor la oración extraordinaria, la continua y regalada presencia suya y las virtudes más perfectas. Con este don vivían ya recogidos continuamente hacia el interior gustando de Dios.

Necesito yo que el Señor me hmille y haga saborear mi propia nada. Necesito abrazarme con mi propia nada, experimentando que nada puedo ni sé pedir. Si aún se me hace terriblemente pesado y tedioso el tiempo de oración, perseveraré ante el Señor y me esmeraré en la limpieza de conciencia y en el recogimiento durante el día. Esto preparará y santificará mi alma; esto es el verdadero amor y la verdadera y santificadora oración. Este es el ejercicio del más puro y desinteresado amor, porque es hacer con certeza la voluntad de Dios. Quien vive recogido, hace lo que está de su parte para vivir sumergido en el amor de Dios atento a su infinita hermosura. Quien vive disipado, se aleja y olvida de Dios. A Dios se le encuentra en el interior, en la mirada y en el silencio del corazón.

106. Debo ser constante, nunca desistir. Debo tener presente que cuando estoy esperando a Dios, ya estoy en Dios y Dios en mí. ¡Oh Magdalena; qué

hermosa lección me das! Te miro quieta, sentadita a los pies de Jesús, con tus ojos fijos en los suyos, sin mover tus labios, sin volver tu cabeza. Le mirabas, le escuchabas, en Jesús estaba toda tu atención. Creo yo que ni aun discurrías; todo tu discurso era atención a Jesús y estar embebida en El. Veías que Jesús te miraba; El hablaba y enseñaba, tú en silencio escuchabas y amabas. Hacías oración callada y perfecta. Todo era amor puro sin palabras ni discursos.

Porque no se ama discurriendo, sino amando. Yo no acabo de resignarme si no discurro y hablo o si no siento el afecto de palabra y se me hace demasiado pesado estar quieto, callado, mirando con certeza de fe, esperando en fe. La fe me dice que yo estoy con el mismo Jesús Dios a quien miraba la Magdalena y el mismo Dios que hablaba a ella me habla a mí y me mira. Sobre esta oración me dice mi Santa Madre: «Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza presentarnos delante de Dios, que quiere que se haga el alma boba, como a la verdad lo es delante de su presencia». Y también: *mire que le mira.* Y mi Santo Padre me inculca y repite que, cuando no pueda discurrir *esté en silencio, no discurriendo, no sabiendo, esperando en profunda soledad*, aunque le parezca que no ama y que pierde el tiempo. Déjese amar. Esperando en silencio, dejaré obrar a Dios y Dios iluminará mi alma, hará su obra maravillosa en mí, me llenará de sí mismo.

El conocer de la inteligencia no puede llegar a esta luz de la oración de Dios. Abrazándome al no saber de Dios, trascenderá mi alma toda ciencia.

107. Esto es muy verdadero, piensan muchas almas santas y fieles. Yo no hago más que perder el tiempo; yo me tengo la culpa de estar sin tener un pensamiento bueno, porque no me esfuerzo ni en sujetar la imaginación ni en discurrir; porque estoy como una cosa floja y boba y, a veces, con la imaginación de aquí para allá y siempre palpando que no hago nada y haciéndoseme el tiempo pesado en demasía. Es muy justo castigo del Señor a mi infidelidad pasada y a mi flojedad presente; ni me encuentro con fuerzas para perseverar en la oración y procurar ser alma interior. ¡Dios mío, apiadaos de mi alma! Y por esto desisten muchas almas de la oración.

Leo la respuesta en mi Santo Padre: *ponte en fe; permanece en fe; ejercita la fe y espera en fe.* Aun suponiendo que pierdo el tiempo, nunca mejor perdido estará ni con mayor ganancia, que perdiéndole con Dios y por Dios. Pero se gana más sin comparación con esta oración perseverando en fe y esperanza que con todos los otros fervores; y más meritoria penitencia es abrazarse largo tiempo con el tedio y cansancio que con otras muy dolorosas mortificaciones.

Si yo viera que agradaba a Dios, sentiría muy grande alegría, aunque no pudiera hacer nada ni tener un solo pensamiento. Pero lo que me hace sufrir más de lo que se puede decir y lo que pretende desalentarme es creer que la culpa es toda mía, como parece lo palpo, y que Dios no puede agradarse en esto; porque obro con flojedad, porque me esmero muy poco en el recogimiento y en la presencia de Dios durante el día; porque estando mi cuerpo pre-

sente en la oración mi espíritu está muy remiso y dejo a la imaginación volar de una cosa a otra; porque no venzo mis apetitos, gustos y regalos.

108. No está contra esta oración de fe, antes la perfecciona, el valerse de algunas jaculatorias, repetir alguna frase fervorosa y pedir al Señor se apiade del alma y la llene de su amor.

Esta oración es horno encendido donde Dios derrite al alma en fuego y la funde para transformarla. La deshace de lo terreno y gustoso para formarla a lo divino. Y como aún tengo tantas cosas que no están bien, ha de ser más lenta y trabajosa en mí esta fundición de mi ser sensitivo, para formar el hombre espiritual según Dios. Mi Santo Padre siempre me repite: *Haz oración de fe y permanece en ella; ni la acortes en tu sequedad y prueba*, porque sería señal de que *no buscabas agradar a Dios, sino a ti.* Alma mía, permanece esperando a Dios; persevera en oración de esperanza y llegará tu dichoso triunfo. El que espera no hace nada, sino espera, y atiende, y mira y piensa en el que espera y que se hace esperar y pasa el tiempo, pero continúa esperando; ya llegará.

¿A qué voy yo a la oración? A estar con Dios, y a esperar a Dios y a que Dios haga su obra en mí. Al que espera, el tiempo se le hace largo, y cuanto más largo se le hace, más piensa en el que espera; lejos de desesperar y marcharse, espera con más ansia. Nunca debo esperar a Dios con impaciencia, pero sí con ansia.

Dios no dejará de venir en la oración al alma, porque lo ha prometido y siempre cumple Dios su

palabra. La palabra de Dios ha sido infalible con los Santos y con las almas fieles y lo será conmigo. La humildad y la confianza traen a Dios. La fe pone en Dios. Mira, alma mía, con la luz de la fe, que Dios está en ti y tú estás en Dios, aunque no le veas ni sientas. Eres, Dios mío, mi vida, y la vida mía y mil vidas que tuviera, quiero sean para Ti, y deseo amarte más que a mí mismo y te suplico me enseñes a amarte más aún.

109. En la oración debo ver más claramente esta ciertísima reflexión que me hacen mis Santos Padres: *Haga cuenta el alma que sólo existe en el mundo Dios y ella.* Todos los demás seres, todos los demás mundos son como nada comparados con Dios y dejarán de existir cuando Dios quiera. Dios es el infinito, el Criador de todas las cosas y de todos los mundos y en tanto existen en cuanto Dios está en ellos dándoles el ser, el existir y sus perfecciones. Pero Dios es el único que existe por sí mismo y en Dios están todas las cosas de modo más eminente que en sí mismas; todas vivas, todas espirituales.

Dios infinito está en mí y está infinito y omnipotente como es; yo estoy en Dios, pero aún no gozo ni siento a Dios. Alma mía, estás en tu Dios; cierra los ojos y escóndete en tu Dios y no mires a otra cosa alguna. Debes mirarte en Dios, todo amor, como está la esponja sumergida en el agua, como te rodea y entra en ti el aire que respiras, más segura que están tus pies apoyados sobre la tierra. Dios mío, Tú estás en mí, en mi alma, en mi esencia y en todo mi ser, y estás infinito y perfectísimo, y estás amándome y dándome tu vida y poniéndome bienes

en lo íntimo de mí mismo. ¿Qué me interesan todas las demás cosas en comparación con mi Dios? ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¿Cuándo tendré el gozo de ver que estoy en tu gracia y en tu amor?

Como yo no sé hablarte, como yo no puedo darte nada que no sea ya tuyo, tienes Tú, Dios mío, que enseñarme y dármelo Tú y de Ti lo espero. Sé que me hablas muy calladamente y en un divino silencio, y pones secretísimamente tu misma verdad en mí. Yo estoy en Ti. Sé que mi entendimiento no puede tener idea proporcionada de lo infinito de tu ser, que no puedo imaginarte porque superas mi capacidad y no eres semejante a criatura alguna, pero sé igualmente que eres Mi Padre y mi Criador, que me amas y estás en mí y me llenas y yo estoy en Ti. Mi alma, también calladamente admirada y agradecida, te quiere amar, te escucha en silencio hasta de imágenes y te mira con la luz de la fe. Dios mío, bondad y amor infinitos, verdad y poder infinitos, hermosura a ninguna otra comparable, estás en mí dándome el ser y amándome. Que yo te ame. ¿Qué es todo el mundo para mí fuera de Ti? ¿Qué deben importarme todas las criaturas, si no aumentan tu amor en mí? ¿Dónde podré encontrar hermosura, ni bondad ni delicia semejante a la tuya? Tú eres mi Dios y eres y serás mi gloria y mi cielo eterno. En Ti todo lo sabré, todo lo podré y todo lo poseeré y gozaré. Tú eres mi Padre y quieres ser mi Juez amoroso y mi premio eterno y dichoso. Quiero amarte cuanto puedo y sólo quiero vivir en Ti y para Ti.

Quiero olvidarme de todo lo mundano, que me disipa y distrae mi alma de Ti. Alma mía, permanece quieta, callada, atenta a Dios y déjate llenar de

su amor y de su luz indeficiente y hermosura incontaminada.

¡Oh Jesús, que me redimiste! Alcánzame el amor de Dios y una viva presencia suya para que sólo ame y atienda a Dios, y para que confiadamente pida a Dios que amándole yo, también le amen y den gloria todas sus criaturas. Vea yo en mi nada tu infinita bondad y hermosura, tu gloria y tu poder.

110. En todas tus acciones para conmigo, me haces ver esta nada mía y esa infinita misericordia y bondad tuya; pues cuanto conmigo haces es para poner en mi alma vida eterna, y todo contento e inefable alegría.

También me recuerda esto mismo tu Profeta David en sus cánticos. Viéndose él muy pobre y ruin y del todo miserable e incapaz para amarte, clama humilde a Ti diciéndote: *Yo he quedado reducido a la nada y sin saber. Y estuve delante de Ti como una bestia de carga y yo siempre Contigo sin apartarme jamás.* Deshiciste, Señor, todos aquellos efectos que antes sentía y todas las reflexiones que yo hacía. He quedado en mi nada; pero Tú estás en mí y te me ofreces. Mi fe me enseña con toda certeza que estás en mí poniendo tu misma vida y llenándome de Ti; que Tú eres para mí el Infinito y todas las cosas.

Voluntariamente y con toda mansedumbre ofrezco que me quites todas esas luces y reflexiones que yo hacía y son como nada, aunque me entretenían. Sé que me comunicarás tu Palabra y me mostrarás tu rostro, que es tu Santísimo Hijo y con El, toda esperanza. De mío, nada soy y nada tengo: nada

mío me quitas, pues todo es tuyo. A Ti siempre lo ofrecía y lo ofrezco; a tu disposición lo tenía y de nuevo te lo presento. Me lo retiras y de lo que en mí pusiste tomas y yo quedo dándote gracias en mi nada como un jumentillo o bestiezuela.

Pero la fe me enseña que Tú mismo te me das y llenas mi alma de Ti. Bendito seas. Nunca merecí lo que me diste. Tus ojos me miraron con misericordia, bien está que ahora dejen por poco tiempo de mirarme; *pero siempre estaré junto a Ti* mientras tu misericordia lo permita. Aunque sea *no sabiendo,* estaré junto a Ti. A su tiempo Tú me harás sentir que me llenaste y estás conmigo. Ahora te esperaré y volveré a sentir el amor de tu bondad inefable.

No sé hablar; no sé discurrir; no tengo afectos; ¿y para qué los quiero estando delante de Ti? Tú, Dios mío, enseñarás a mi alma y la guiarás; yo te miro; en silencio te escucho. En esta soledad soy todo para Ti. Lléname de Ti.

111. Dios está presente a mí y me llena. Nunca mi alma se engrandecerá más ni se sentirá más acepta a Dios que cuando no pudiendo ni sintiendo nada, me pongo por la fe en Dios y en la verdad de Dios me miro. Dios está en mí. Dios está en mí no inactivo, sino obrando su obra y llenándome con todo su ser.

Si yo pensase o discurriese o sintiese como hasta aquí, lo pensado sobre Dios era mío, aunque ayudado de El; era santo y bueno, pero muy oscuro, muy pequeño e imperfecto como pensamiento mío. Pero Dios es infinito en toda perfección e inmenso

y está en mí; es mi Padre y me abraza y envuelve. En silencio y en lo callado e insípido de mi oración, Dios, al mismo tiempo que me tiene en su esencia, me está llenando de Sí mismo y poniendo su vida, su gracia, sus perfecciones y su amor en mi alma. Dios me llena y me enseña; me enriquece y hermosea. Sé con la certeza y seguridad de la fe que Dios, a quien en mi sequedad no siento, me está llenando y estoy como empapado en Dios y sumergido en su bondad. Alma mía, estáte callada con Dios; déjate en sus manos; mira, atiende y ama a tu amabilísimo Dios.

Estoy solo, en silencio de criaturas y hasta de mis pensamientos y de mis afectos; pero estoy en Dios y Dios está en mí amándome. Dios me sostiene y me rodea y me da la vida y el entender y me está acrecentando en su amor. Dios mío, que llenáis ésta mi alma, no dejéis de hablarme, de enseñarme, de fortalecerme, aunque sea tan secretamente que yo no lo sienta. Yo no sé hablar; vedme todo ofrecido a Vos; aquí estoy en la soledad con Vos, que lo llenáis todo. Ahora puedo repetir con mis Santos Padres: *Mi alma está sola en el mundo con Vos y a Vos no os siento ni os veo sino con la fe; os espero.*

Con el mismo Salmista os digo: *Tú me tomaste de la mano derecha y guiásteme según tu voluntad y me acogiste con gloria.* Porque Dios quiere iluminar, embellecer y levantar mi alma si yo me dejo en sus manos. Para esto me deshace antes. Dios mío, yo me dejo como un mudo e insensible y quiero permanecer en Vos.

112. Mi alma debiera estar ya metida en el horno dichoso de Dios. Señor mío, cuanto yo pudiera deciros de mi necesidad y ruindad, es como nada ante la realidad. Pero sois Vos, Padre amorosísimo, quien me habéis quitado la palabra de la boca y ponéis vuestra palabra divina en lo íntimo mío y muy en silencio y secretamente me váis vistiendo de vuestra luz y llenando de vuestra riqueza. Sólo esperáis a que guarde yo silencio y en la sequedad y aridez os espere y reciba y me deje llenar. ¿Qué riqueza ni qué hermosura puede compararse con Vos? Delante de Vos todo el mundo y toda la grandeza criada es nada, átomo insignificante criado por Vuestra Omnipotencia. Y Vos, el infinito y omnipotente, sois el que estáis en mí, y estáis poniendo sabiduría y hermosura y amor vuestro en mi alma. Vos sois la vida de todas las cosas y estáis siendo para mí vida mía y poniendo en mí de Vuestra vida, que es vida eterna.

No importa que yo no lo sienta; tampoco siente el que toma corrientes de rayos ultravioláceos, que se ha quemado y puede recibir quemaduras mortales sin sentirlo. El espíritu de suyo no puede ser sentido por la materia, porque es muy superior a ella. No puede el sentido sentir el espíritu ni verlo, y Vos sois espíritu puro e infinito en toda perfección.

Estoy en la oración no principalmente para discurrir, sino para amar, para ofrecerme a Vos y para recibir el amor que Vos queráis darme en ese tiempo; que la oración es ejercicio de amor y entrega del que ama a Dios. Discurriré mientras buenamente pueda para despertar el amor y, cuando no pue-

da, estaré quieto, callado, atento, esperando, pidiendo y, al mismo tiempo, confiado.

Cuando el frío me encoge y entumece, salgo a tomar el sol y no hago nada; sólo me pongo muy quietecito a que me dé y caliente el sol. Es el sol el que me calienta, envía sus rayos y su luz sobre mí. Yo sólo he hecho ponerme al sol y estar recibiéndolo. Algo semejante hago en la oración poniéndome en Dios, pero por modo muy superior. El niño se deja llevar y abrazar del pecho que le ama y allí ama y recibe amor y recibe calor y contento. Está en los brazos que le aman y le cuidan y yo en los de Dios. Cuanto más me mueva más entorpeceré la acción de Dios y menos calor recibiré. A lo sumo el niño abraza a su madre, como haré yo por medio de jaculatorias.

113. Dios es mi Padre de infinito amor. Duerme el niño confiado en los brazos maternales, que le cuidan. ¿No cerraré yo mis ojos, Dios mío, y estaré quietecito y confiado en Vos mismo? Como el niño encuentra todo su bien apretando su carita contra el pecho que le ama y le cuida, y no necesita ver otra cosa del mundo, encontrando todo su contento y satisfacción en el amor de su madre, ¿no me hundiré yo con mi mirada y amor de fe en Vos mismo y en vuestra bondad y misericordia, desentendiéndome de todo el mundo?

Quiero consumirme encerrado, abrasado y escondido en ese delicioso horno de vuestro amor. Quiero vivir en este amor y esta vida según la enseñanza de mis Santos Padres: *hacer cuenta que no hay en el mundo sino sólo Dios y mi alma y esto es lo que*

conviene mucho. ¡Dios y mi alma! Dios mi Padre y yo su hijo. Mi alma envuelta en Dios, sumergida en la hermosura y bondad infinitas de Dios; mirando y amando a Dios; respirando y viviendo a Dios. Dios en lo íntimo de las potencias y de la esencia de mi alma; Dios dando fuerza a mis miembros; Dios saturando todo mi ser. Quiero estar atento a Dios todo amor.

¿No te amaré, fuente de toda belleza? ¿No me entregaré a tu amor, dador de todo amor y delicia? ¿Qué debe ser todo el mundo para mí, delante de Vos, que lo creáis y lo conserváis, que ponéis en él las bellezas y bondades que tiene? Vos sois la bondad y hermosura infinita y todo lo demás es como nada. Llenadme de Vos y que yo me recoja y viva en Vos.

Alma mía, vives en Dios, goza de la presencia de Dios, aun cuando todavía esté muy lejos de ser gloriosa, como será cuando le goces en el Cielo. No necesitas ni hablar ni discurrir ni aun sentir afectos; ni te aflijas si no los tienes. Vive agradecida y contenta sumergida en tu Dios infinito. Dios te guía y te da su misma vida y se te da a Sí mismo. Es tu Dios, será tu gloria y tu felicidad eterna. Como el cuerpo vive y se apoya en la tierra, mi alma vive y está en Dios invisible, pero presente. Dios es para mí como si fuera para mí sólo y yo quiero ser sólo para Dios. Dios me llena de sí y de sus perfecciones; ahora insensiblemente, en el cielo gloriosamente. Como los perfumes llenan de fragancia y se huele el perfume recibido, el alma recibe a Dios y el alma santa impregnada de Dios en la oración, va despi-

diendo de sí olor de Dios, olor de esencia divina, olor de vida eterna.

114. En el silencio de la noche salen las vírgenes con sus lámparas preparadas a esperar al Esposo. La noche, y más en el campo, impone e infunde miedo a los no acostumbrados; en todo se teme un peligro o un enemigo; va el ánimo amedrentado. Yo tengo que salir en la noche; tengo que salir solo, con la seguridad más grande que puede tenerse, pero no sentirse, de que Dios está en mí, y no me abandona y me está amando. Las vírgenes salieron y, a pesar del miedo, permanecieron esperando. Ante la tardanza del Esposo se quedaron dormidas en la soledad del campo y en la oscuridad de la noche, pero tenían las lámparas preparadas. Llegó el Esposo y encendieron las lámparas y entraron ya gozosas acompañando al Esposo.

¡Cuántos adversarios tiene la vida de oración! El más temible es el propio sujeto, yo para mí. Tengo que vencer los miedos de la noche oscura y salir a esperar a Dios y permanecer esperando; tengo que salir ejercitando las virtudes: con mucha humildad, con mucha caridad, muy desprendido de todo y de mí mismo. Tengo que salir con ansias de Dios, esmerándome en tener durante todo el día presencia de Dios, en huir de las disipaciones mundanas, disponiéndome para la oración y acudiendo con presteza y asiduidad a la llamada de Dios. Dios está en mí y me espera. Yo estoy en Dios y le espero ¡Dios mío y todo lo criado! No importa que mi natural también dormite como las vírgenes. Mi espera no saldrá frustrada.

115. Si no sé qué hacer en la oración, si nada puedo hacer en la oración, estaré quietecito junto a Dios, mirándole, esperándole. Me pondré con humildad en Dios. La oración de fe consiste en mirar y ponerse el alma con todas sus potencias, con toda su atención en Dios, sin ocuparse de otros detalles y sin afectos especiales, que no tiene; pero nada hay más grande ni hermoso que estar en Dios infinito, todo luz, belleza y amor para dejarse llenar de Dios, todo sabiduría y delicia inenarrable y esperar. ¡Dichoso yo si tengo constancia para permanecer esperando a Dios, si no me entretengo y disipo cogiendo flores de mi pequeñez, si no me acobardo con los rugidos de las fieras de las tentaciones nacidas en mí mismo o en los atractivos de las cosas o personas!

Tengo que esperar a Dios. El que espera tiene toda su atención y hasta todo su corazón en lo que espera. Vendrá, llegará. Pero Vos, Dios mío, ya estáis en mí, sin que yo os sienta. Ya me llenáis y me amáis; me estáis enriqueciendo con vuestro mismo amor. ¿Qué importa que no lo sienta si me lo dice la fe? Estoy en Dios; recibo vida de Dios. No sé discurrir, pero Dios es mi pensamiento y mi amor. Esta oración es provechosa y soberana. El entendimiento y la voluntad, el pensamiento y el afecto se ponen en Dios por la fe y son iluminados por Dios. Dios informa y llena de vida sobrenatural al alma que así ora. Dios es mi pensamiento vivo, mi idea y mi amor. En Ti, Señor, espero.

Los hombres no pueden escribir el libro donde se aprende esta oración; sus páginas son la humil-

r

dad y la perseverancia. Yo, de mí, nunca podré ni sabré hacer esta oración. Soy un pobrecico que está esperando a la puerta de Dios, mi Padre; y llamo y espero. Soy hijo de Dios y quiere que coma a su misma mesa. El, mi Padre, me dará el manjar ya preparado. El me hablará y me instruirá y se me dará a Sí mismo en manjar. Debo presentarme a El con toda limpieza. Dios mío, estoy esperándoos con toda atención y ansia. No os siento, pero sé que estáis en mí y yo en Vos. Sé que me llamáis y me saturáis de Vos mismo. Mi alma os mira. Me daréis vuestra oración. Mientras la recibo, os esperaré constante.

116. Si yo pudiese hablar en la oración como lo deseo, ¿qué podría deciros? Como los niños, sólo sabría decir impertinencias; mis peticiones y mis preguntas y reflexiones serían tan insustanciales e imprudentes como las suyas.

El amor no es de muchas palabras, pero es de entrega y confianza. La oración de amor no está en que hable mucho, sino en que me entregue. Para ello me quitais toda reflexión. Pero estoy en Vos amándoos en silencio y Vos me amáis y ponéis en mi alma vuestra palabra. Si persevero en fe y esperanza con limpieza de alma, en esta oscuridad y estando como un jumentillo o como una piedra junto a Vos, sin que yo lo sienta me enseñaréis y daréis la mejor oración y el más fiel amor; me daréis el don de la oración y vuestra misericordia. Enseñadme a prepararme para recibiros. Dadme perseverancia y humildad. Sé que Vos queréis que me prepare y persevere.

Deseo, Señor, ser alma de oración, porque deseo

amaros y la oración es ejercicio de amor. Me apena no saber aún hacer oración, porque esto me dice que no tengo aún amor. Pero Vos sois mi Maestro y pacientemente me sufrís y me continuáis enseñando. Cueste lo que cueste a este natural mío y a esta rebeldía mía, con vuestra ayuda perseveraré esperando junto a Vos; esperaré en silencio. Miradme; que no deje yo de miraros.

Para orar no necesito saber mucho ni hablar mucho. Necesito amaros, esperaros, ser humilde y limpio de alma. Vos sólo podéis enseñarme la oración y Vos sólo podéis darme Vuestro amor. Con el amor vuestro romperé todos los lazos de mi pequeñez, de mi disipación y de mi miseria y me entregaré a Vos. Necesito esperar y en la espera limpiaréis y purificareis mi alma. Estaré delante de Vos y en Vos mismo. Vos estaréis en mí alma: seréis mi luz, mi amor y mi vida.

117. ¡Oh Jesús! Desde el Sagrario me estás enseñando. Ahí estás día y noche callado. No estás ni ocioso ni inactivo. ¿Qué haces ahí, oh Jesús? Decimos que estás para ser alimento de nuestras almas. y es verdad; mas si fuera para esto sólo no necesitabas estar ahí las veinticuatro horas del día. ¿Qué haces, oh Jesús? Estás así callado haciendo tu obra, la obra más grande y hermosa del mundo; estás amando en silencio; estás siendo la alabanza perfecta de la creación; estás ofreciéndote como víctima perfecta por mí y por todo el mundo. Estás orando con la oración más levantada que puede darse. Eres la actividad infinita de amor por mí y por todo el mundo. Oras en silencio, y me esperas y

te ofreces. Eres la víctima de infinito amor, que continuamente te inmolas; quieres que sea yo víctima de amor, que te acompañe, me ofrezca y ore amando Contigo. Quieres víctimas, no de ruido y exhibición, sino calladas, escondidas en Ti mismo y puestas en tus manos y en tu pecho. Eres mi ejemplo. Me llamaste a la Orden para que yo me uniese a Ti, aprendiese de Ti y esperase amando Contigo en silencio y constancia.

Me gozo en decir a las gentes que mi Orden es Orden de oración. Yo he venido a la Orden para ser alma de oración. No puedo decir que no me queréis para alma de oración, pues me trajísteis para que lo fuera. Y Vos mismo me enseñáis y sois Mi Maestro. Debo esperaros, ser humilde, recogido y muy limpio de conciencia. *Los limpios de corazón verán a Dios. Vos sois el camino, la verdad y la vida.* Sois el camino de mi oración, la verdad de mi corazón y la vida de mi virtud.

118. Sé que vendréis a mí. Aquí os espero como un enfermo a su médico; como a mi criador y mi santificador. Vendréis y me llenaréis de vuestra vida, de vuestra luz y de vuestro amor; entonces sabré lo que es amaros y apreciaré la cosas en su justo valor y veré que todas son nada comparadas con Vos. ¿Cuándo vendréis? Me ofrecéis siempre la fe. La fe me une con Vos. La fe me enseña a mirar sobre cuanto ven los sentidos. Fortaleced mi fe para que la oración de fe me enseñe a abrazarme con Vos, como me enseña que ya estáis en mí.

Para el alma de oración todo el mundo es lenguaje del Amado, rastro de vuestra hermosura, tro-

no vuestro. Soy hijo de Dios y Dios quiere hacer de mí un cielo limpio y hermoso por amor.

Aquí admiraré y cantaré las misericordias del Señor y en la eternidad gozaré y cantaré esas mismas misericordias.

SEPTIMA LECTURA - MEDITACION

(Segunda del día tercero)

Medios humanos para conseguir la oración.—Sólo Dios pone la oración íntima en el alma

119. Mi alma se goza releyendo y meditando una expresión de San Pablo, en la cual manifiesta el Apóstol su sentimiento íntimo de ansia y de intensa sed de Dios y de gozar la vida eterna ya en el cielo. Es la magnífica y confortadora aspiración suya y de todos los santos a vida perenne y verdadera, a vida eterna y en Dios. *Deseo deshacerme,* dice, *y estar con Cristo.* Y en otra carta: vosotros, *ya hechos siervos de Dios, cogéis por fruto la santificación y por fin, la vida eterna.* Siempre está *atento a vida eterna.*

Desea el Apóstol y ansía *deshacerse* para entrar a vivir ya sin obstáculos ni velos la vida de Cristo en amor glorioso. Su grito de *mi vivir es Cristo* quiere que tenga ya la perfecta y segura luz del cielo. El Apóstol se deshacía de gozo en el ansia de que le llegase el momento de saciar la ardiente sed de

vida eterna, pasando la puerta de la muerte, transformada en luz. Sentía vehemente e incontenible el impulso de esta idea, mirándola alborozado con la inmensa clarividencia, que le daba un especial conocimiento concedido por el Señor.

Casi todos los Santos han sentido la vehemencia de esta sed y el deseo de esta luz; han experimentado durante la vida la intensa aspiración a Dios, y el deseo y la sed de vivir sin velos en Dios. Por esto todos han buscado a Dios y estaban cuanto podían con Dios; eran almas de oración sumergidas en el amor divino sin salirse ni apartarse de Dios; *Porque la oración es aspiración a Dios, estar en la compañía de Dios y en su unión.* La oración nos enseña a esperar en fe a Dios y a mirarle en amor muy atentamente.

Quiero meditar en la oración y pedir al Señor me dé su oración.

120. Estoy necesitado de vida sobrenatural. ¿Quién, Señor, me la dará? Tú me dices que *eres la vida y comunicas la vida.* Como eres la luz y la verdad, eres también la vida, el Criador de toda vida. ¡Y estás, Dios mío, dentro de mí llenándome! Me llamas y me esperas y quieres dárteme en amor. Sé que te comunicas a los limpios de corazón especialmente en la oración. Los Santos te buscaron y te encontraron en la oración y en las buenas obras. Se llenaban de alegría y de conocimiento pensando en Ti. Te miraban dentro de sí mismos y te encontraban como Padre de infinito amor e inigualable ternura. Veían el cielo dentro de su alma, porque te veían a Ti y Contigo estaban ni querían salirse al

exterior para no separarse de tu compañía. Te amaban.

Eres mi Dios y mi Criador. Me amas con mayor ternura que mi padre terreno y, por un inexplicable amor, te haces servidor del alma que te ama. ¡Oh Dios, Amor, Vida, Verdad y Luz infinita! Todo lo eres juntamente para el alma que se te ha ofrecido. Cuando se ama, se ofrece y se sirve. Nadie me ama ni me puede amar como Tú me amas. Y me has amado desde siempre, desde toda la eternidad. *Te haces prisionero y cautivo del alma fiel.* Escribe Santa Teresa que salía de sí misma de gozo *viéndote su prisionero.* Y repitiendo este mismo concepto San Juan de la Cruz añade: Ya «se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendría con este tal prisionero» a quien tanto había deseado.

Se recogen las almas y gustan de estar recogidas dentro de sí mismas en Ti y Contigo. Tú eres su vida y su luz y su todo. Ahí es donde te haces prisionero voluntario e inefable del alma. Viéndote los Santos a Ti, Dios infinito, tan humilde y amoroso en su alma, ¿cómo no habían de imitar estas tus adorables humillaciones y amores y ser muy humildes y amantes? Los Santos te buscaban dentro de sí mismos, guardaban la limpieza del espíritu y te encontraban *manso y amoroso* y te acompañaban sin separarse de Ti y siendo templo limpio y embellecido donde Tú morabas. Buscaban recibir de tu vida, para vivir tu vida. Tenían sed de Ti y procuraban saciarse en Ti.

121. La oración es actual ejercicio de amor a Dios presente; para tenerla con la perfección posi-

ble el alma sale con el afecto, al menos, de todas las cosas buscando a Dios y la vida de Dios para estarle amando a solas; la oración aumenta la sed de Dios y es llamar humilde y perseverante a la puerta de Dios; es acompañar y atender a Dios mirándole y escuchándole; es escuchar en atento silencio a Dios. Los Santos vivían esta vida de oración en el tiempo consagrado a la oración y durante el día por la viva presencia de Dios.

La vida de Carmelita que yo he abrazado, es vivir de este modo, porque la vida de Carmelita es esencialmente de oración, aun en los tiempos de actividad. El deseo y el ansia ha de ser estar en la oración en la compañía de Dios. El lamento y el gemido, y bien triste, es cuando ve no tiene oración ni hace lo posible para tenerla. Mi vida ha de ser amar y desear tratar de amor con Dios, y esto es la oración.

Jesucristo me dice que ore incesantemente y para orar me enseñó el Padre Nuestro.

Para que aprendiese a hacer oración me enseñaron las partes de la oración, y a reflexionar sobre una verdad, y expresarme con palabras o afectos y me inculcaron estuviese muy recogido en Dios y formase santos y concretos propósitos. Todo esto es bastante complicado. En los principios todo esto es muy conveniente porque son los medios ordinarios para encender y avivar el amor; para poder mantener recogidas en Dios las potencias. Pasando algún tiempo ya ni llena ni satisface esto, ni aun se puede hacer.

Si la oración fuese discurrir, los filósofos, los teólogos y los escritores serían las personas de más

alta oración, porque están en mejores condiciones y más preparados para ejercitar esos actos y conclusiones. Pero la mejor oración es la más humilde y la que es toda amor, sin discursos y sin palabras. Por esto Dios quita al alma esas cualidades de discurrir y hasta borra las enseñanzas primeras que eran buenas y convenientes para entonces, dejando al alma desnuda e incapaz para estos actos.

El alma queda deshecha y dolorida viéndose despojada de lo que más quería y ansiaba y hasta incapacitada. Porque nada ansiaba tanto como su oración con Dios. Siente ahora, además de la grande dificultad, una como rebelión en sí misma para continuar, ya que se ve incapaz y pierde la esperanza de conseguirlo. Sé, Dios mío, que es necesario que me lo quites todo para mi bien y para darme vuestra oración y amor más íntimo y callado. Porque orar es amar y se ama amando, que es más que discurrir e imaginar y el amor absorbe la imaginación y la razón.

Mientras puedo valerme de estos medios, no debo abandonarlos, sino cultivarlos y ejercitarlos y sacar con mis potencias el jugo de amor que pueda. He de procurar tener mi mente y atención en buenos pensamientos y discurrir sobre ellos y el corazón en santos afectos y ofrecimientos y debo también formar en mí el ambiente de amor con la continua lectura espiritual; porque la lectura espiritual prepara para la oración, forma el ambiente de amor a Dios e inclina hacia Dios. Grandes enseñanzas e inspiraciones da Dios por la lectura.

Cuando mi entendimiento no pueda discurrir ni me ayude mi imaginación y parezca se apodera de

mí la sequedad, no debo desconsolarme, antes he de ponerme confiado en las manos de Dios, porque cuanto más mudo y ciego e insensible me sienta, mejor y más abundantemente me lo dará todo hecho y me llenará de su amor quitando de mí todo impedimento y, haciéndome palpar mi incapacidad, me envolverá amoroso en su misericordia y bondad. Dios quiere entonces ponerse en mi alma.

122. Los libros y los confesores con sus instrucciones ayudan grandemente para hacer la oración y para dar alientos al alma; pero ni los libros ni los confesores pueden dar o poner esta oración en el alma; el único que puede darla es Dios como es también el único que puede dar su amor. El es el único que pone la enseñanza de la oración en el alma, aun cuando se suele valer de sus ministros. Todos ponderan mucho el valor, el poder y la importancia de la oración y aún se quedan cortos; pero ni saben ni pueden ponerla en su alma ni en las demás; lo que sí pueden y deben es prepararse para recibirla y pedírsela al Señor.

Santa Tais, apartada, sola, incomunicada en el desierto, no había leído libros ni recibido instrucciones de confesores; pero a solas con Dios, vaciada de todo lo mundano y de toda conversación humana, atenta a lo divino, después de grandes tentaciones y de perseverante constancia suplicando en humildad, aprendió a tener aquella soberana oración tan íntima y sobrenatural, porque Dios se la enseñó y dio; se había preparado. Y fue Dios igualmente el maestro de oración de San Antonio Abad y de San Simeón el Estilista, que tan altísima la tenían.

Santa Teresa de Jesús nos dice de sí misma que Dios fue su único Maestro. Ni los libros ni los hombres enseñaron a la Santísima Virgen su oración, la más alta y más íntima que de persona humana ha habido en la tierra, y sólo Dios la enriqueció e inflamó en su amor, porque sólo Dios puede enseñar y dar la oración íntima y profunda de verdadero amor; fue Dios el que la vistió de gracia divina y la enriqueció e iluminó con su amor.

123. Porque Dios me ama como yo no puedo ni soñar ni comprender, me quitará *mi oración*, la que hago yo discurriendo y procurando mover mi corazón; me la quitará no para dejarme sin oración, sino para vaciarme hasta de esto mío, y formarme dándome luego *su oración*. Pondrá secretamente en mi espíritu la oración callada de fe, que levanta y enciende el alma; que, en cierta manera, la diviniza. Pero hasta que el alma sea sumergida en esa oración de fe íntima, sin palabras, sin discursos, hasta quizás sin afectos sensibles, pero donde Dios la ha envuelto y empapado y embebido en Sí mismo, tiene que pasar por la preparación y estrujamiento y esperar constante para poderla recibir. Es período de aridez y de sequedad; tiempo en que el alma ni parece encontrar nada ni ver otra cosa que oscuridad y siente cansancio y desorientación; tiempo en que no sabe si está perdiendo tiempo, como cree, o si dejar la oración y contentarse con procurar ser buena. Dios tiene que sostener aquí al alma en estas oscuridades y vacilaciones, para que persevere buscando a Dios en la oración, cerrando los ojos a todo lo demás; hasta el apoyo y consuelo de los directo-

res falta muchas veces. Pero ya tampoco puede vivir sin la oración y sin acompañar a Dios. Bendito el tiempo que la perece perder. A Dios se va creyendo su ser infinito, mirando con fe, es Dios quien obra en el alma.

Dios está en mi alma y está de modo tan íntimo y tan consustancial conmigo, que ni mi entendimiento ni mucho menos mi imaginación y sentidos pueden darse cuenta. No le siento pero sé que está en mi memoria, en mi entendimiento y en mi voluntad; ni puedo alejarle de mis pensamientos y quereres. Dios está en mí, lleno de amor y más íntimo a mí que yo a mí mismo; está en lo íntimo de mi ser y de mis potencias y quiere que yo esté en él por amor y le mire ofreciéndome. *Cuán manso y amoroso* le encontraron los Santos dentro de su alma y no apartaban de El su atenta mirada.

No importa que mi alma no pueda ni sepa decir a Dios ni una reflexión ni una palabra. No importa que sienta como aplanándome el peso de toda la aridez y me vea insensible. Sé que Dios está en mí; sé que estamos Dios y mi alma íntimamente solos. Mi alma está en Dios, toda llena y embebida en Dios y no puedo ni dudar de que Dios infinito y todo bondad está en mí; *y puedo y debo mirar a este Criador y Padre mío con el deseo o, al menos, con la angustia de la súplica.* Me lo dice mi Santa Madre y que haga de este modo mi oración: *mire que le mira.* Me lo manda mi Santo Padre: *ponga su atención amorosa en Dios.* ¿Diré que ni aun esto puedo hacer? No me faltará la gracia de Dios para ello. En un día malo deseo que venga el día bueno y brille el sol con buena temperatura. En tiempo

de sequía puedo desear que venga la lluvia y traiga la fertilidad; pero está sobre mi poder hacer que salga el sol y caiga la lluvia; eso sólo puede hacerlo Dios, como sólo El puede hacer brillar el sol material y regar la tierra con las nubes, solamente es El quien puede hacer brillar el sol del fervor sensible. Pero el sol siempre está luciendo esplendoroso por encima de las nubes; pasarán las nubes y volverá a iluminar y embellecer la tierra; y yo siempre debo estar con los ojos de la fe mirando a este sol divino, a mi Dios y recibiendo su luz y su vida. Dios está en mí y me ama y guía.

Dios quiere ser el sol de mi alma y la lluvia fertilizadora de mi espíritu. Mientras sus rayos no se reflejen en mí, mi alma le desea y mis ojos miran buscándole y ansiándole y espero y me ofrezco a El y sé que aunque no le vea recibo sus rayos bienhechores, está haciendo crecer maravillosamente en mí las virtudes, la gracia y el amor. Deseando, mirando hacia donde os espero me prepararé para recibiros y sé que no dejaréis de manifestaros. Vivo en Dios para vivirle más perfectamente en lo futuro. Dios es mi vida.

124. No me espantan las dificultades. Me enseñaba el Padre Fáber que de todas las dificultades de la oración «la más grande y de la que nadie puede librarse, es la de tener que tratar con Dios. La dificultad de tratar con Dios es la más terrible, la más indudable y la más inevitable de todas. Para conocerla pon de un lado la verdad de Dios y del otro nuestra falta de verdad», lo infinito de Dios y nuestra ruindad y nada. Y aquí se ve precisamente

lo maravillosamente grande de la oración. Porque Dios por la oración levanta al alma hasta El mismo para estrecharla entre sus brazos y El es verdadero cielo y felicidad infinita. Sólo Dios puede levantar hasta él, pero levanta a todo el que quiera ser levantado y se deje levantar preparándose con humildad y constancia y perseverando en la compañía y trato con Dios. Santa Teresa preguntaba: «¿Creéis se necesita poco valor y determinación para entregarse de este modo a Dios?»

Enseñadme, Dios mío, a comprender y a vivir los cinco modos de que he de valerme para prepararme y recibir el don de la oración. Sé que cuando los viva perfectamente Dios me dará la vida de perfecta oración; si no los llego a vivir tendría Dios que hacer un milagro para darme la oración y Dios no suele hacer los milagros de las cosas que puedo hacer yo.

Estos cinco medios a mi juicio necesarios son: *vivir la humildad y humillación; poner la atención en Dios; perseverar en la oración todo el tiempo señalado y su buen aprovechamiento; guardar recogimiento y esmerarse en la limpieza y delicadeza de conciencia por el ejercicio de las virtudes.*

125. Primeramente necesito vivir en humildad y abrazar la humillación. Como no puede el sol iluminar la superficie de la tierra a través de densos nubarrones, tampoco puede brillar el sol del amor divino sobre el alma mientras no desaparezcan las nubes de soberbia o presunción que se interponen entre Dios y el alma. Leo en mi Santo Padre que fue necesario *que de vista me perdiese* para llegar a esta

codiciada y hermosísima luz de Dios. ¡Perderse el alma de vista! Dios mío, si yo ya me perdiese de vista a mí mismo en mi amor propio, en mi estima, en mi cuidado y apreciación ante los demás, en mis regalos y comodidades en mis curiosidades y afanes de humanas y mundanas noticias, vendrías a mí en amor y lucirías sobre mi alma con suavísimo brillo.

Pero me estimo demasiado y deseo y aun busco que los demás aprecien que valgo, aun cuando sea inútil. ¿Cómo puedes venir a ser mi vida y mi Maestro, mi luz y mi alegra, si estimo más que a Vos un libro, una amistad o un cuento? Si me es más grato y antepongo a Vos el gusto de un regalo o disipación, o el pasatiempo de una novela, de un conocimiento científico o de una vanidad ideal, si aprecio más una cosa terrena que vuestra iluminadora mirada? Me esmero más en cultivar la estima y amistad de los hombres que la vuestra. Aun tengo en mí y fomento el mundo externo y el mundo vano interno. Porque no me he perdido, porque estoy lleno de ruido dentro de mí y presto atención a muchas cosas, no puede ilustrarme eficazmente vuestra enseñanza ni fructificar vuestra gracia. Dios mío, que yo me pierda a mí mismo para encontraros a Vos en mí y a mí en Vos.

Solamente puedo entrar en vuestra luz cuando vaya *no sabiendo, no entendiendo*, sino creyendo, amando, mirando vuestros ojos, que será sobre-saber y sobre-entender. Me enseña y exhorta mi Santo Padre a pasar por este estado y a caminar por vuestro camino hasta llegar a Vos mismo, con los ojos cerrados y vendados a todo lo del mundo externo y a mi mundo interno, pero guiado por la fe segura y

bien asido a vuestra mano. No sólo seréis entonces Vos mi guía y mi fortaleza, sino que me meteréis en vuestro propio corazón para que nadie me vea ni pueda ponerme obstáculo, ni yo vea a nadie sino a Vos mismo y vaya envuelto en vuestro amor. Todo cuanto entonces vea será Dios y amor de Dios, porque sólo miraré a Dios y mi propia nada, merecedora de que todos la desprecien, pero hermoseada por Dios. *Si estoy escondido en vuestra luz y en vuestro rostro*, si vivo oculto en la vida de fe, no podrá encontrarme tampoco el demonio.

Un día dijísteis a mi Santa Madre: *búscate en* Mí y en Vos se encontró llena de luz y de hermosura viviendo de la vida vuestra que Vos la comunicábais. Tengo que perderme, me es necesario perderme «para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando qué dirán o qué parecerá», sino mirando sólo vuestros ojos de Padre, *porque el que perdiera su alma ese la ganará*. Dichoso de mí si del todo me pierdo en Vos; no sólo llegaré a tener perfecta oración, sino que os tendré a Vos mismo y viviré de vuestra verdad, de vuestra luz y de vuestra vida. Mi oración será abrazaros y veré lo que soy en mí y lo que soy en Vos y lo que Vuestra misericordia hace en mí.

126. Lo segundo *he de estar atento a Dios*. Por lo mismo que me encuentro en un estado en que mi alma no sabe ni puede decir palabras expresivas a Dios, ni se me ocurren reflexiones ni discursos para exhortarme y para ofrecerme a Dios y a la virtud, tengo mayor necesidad de prestar humilde toda mi atención a Dios durante la oración y durante todo

el día mirando que me mira y viviendo recogido en sus brazos y como colgado de El.

Pues la atención no es otra cosa que verse como dulcemente recogido en los brazos amorosos y omnipotentes de Dios viviendo no sólo en su presencia, sino en El mismo, en su misma luz y vida. La fe me enseña que estoy en Dios. Sé que es mi Dios y para siempre y en todo lugar; que me llena, que me ilumina y guía, que soy trasparente ante su mirada. Dios es la luz inefable e increada que lo llena e ilumina todo; nada puede ocultarse a su mirada; nada existiría si El no lo conservara en su existencia. Toda luz de El procede. Dios está en mí, y yo estoy con todos mis pensamientos y afectos y movimientos ante la mirada suya. Dios mío, que me miras, ilumíname; quiero mirarme en Ti. Tu luz me haga trasparente en pureza y en amor. Te miro y te escucho amándote.

Dios es la verdad suma e infinita; es el Criador de todos los entendimientos como de todos los seres y encierra en Sí toda la verdad. En tanto existen los seres en cuanto El los mira en su esencia para que existan. Todo cuanto existe, existe en Dios y se conserva en Dios según su querer y *en Dios tienen vida los seres.* Dios, suma verdad, es verdad para mí y está en mí. Un día, cuando ya le vea claramente con la luz de la gloria, me hará feliz. Estoy como empapado en Dios, aun cuando no le sienta; lo sé con toda la certeza de la fe,superior a la certeza científica y la más grande que se puede tener en la Tierra. Estoy embebido en El como la esponja está embebida en agua en el medio del mar.

Dios es la vida y de infinita felicidad. Nada pue-

de haber en Dios que no sea vida felicísima y perfectísima. Dios me ha criado y me está dando la vida. Esta vida mía es don de Dios; Dios me la está conservando. Vivo de Dios y quiere comunicarme muy delicada y altísimamente la vida sobrenatural de la gracia y luego la vida eterna feliz. Me ha criado para la vida eterna, que es El mismo. Vivo en Dios. Díos mío, sed mi vida, sed mi vida sobrenatural y eterna para siempre. Que siempre esté yo en tu vida de amor. Sé muy bien que cuanto obras en mí es *para comunicarme vida eterna* y para que sea cada día más intensa.

127. En esta luz de Dios, en esta verdad de Dios y en esta vida e inmensidad de Dios vivo y estoy sumergido. Dios está todo totalmente en mí, ¿de qué puedo tener miedo si me retiro de todo y vivo escondido en Dios? Dios mío y Padre mío omnipotente, ¿de qué puedo tener miedo si atendéis a mí y yo a Vos? Permitidme, ¡oh Padre!, gue guste de pensar que soy yo como el centro del universo todo y lo vea como ciertísima verdad; porque Vos estáis en mí con toda vuestra omnipotencia y cuan infinito sois, como estáis en los más lejanos astros y galaxias, que no conocemos ni aun adivinamos, como estáis en los serafines. Sé por la fe, y por la misma filosofía, que estáis en mí con todo vuestro infinito poder y perfección, que estáis todo totalmente como simplicísimo que sois y acto purísimo: que desde mi nada, como desde cualquier otro punto, creáis y dirigís cuanto existe; estáis en mí como en el centro de la creación. Pues ¿de qué puedo tener miedo si Dios está conmigo? ¿De qué puedo tener miedo si

soy hijo de Dios, y le amo con todo mi corazón, y vivo para El solo y Dios desde lo íntimo mío gobierna los mundos, dispone los elementos y lo rige todo? Dios, acto purísimo e infinito, está todo en mí.

Con la luz de la fe veo a este mismo mi Dios infinito que me da su infinito amor y todos los bienes y se me da El mismo. San Pablo me recuerda que *si soy hijo de Dios, soy su heredero*; la gracia me hace hijo de Dios. Jesús me dice en el Evangelio: *Todas las cosas puso el Padre en mis manos y yo os las doy a vosotros.* Mi Padre me dará sus bienes y aun en la tierra los pone a mi disposición. Dios está llenando mi alma y sólo me pide mi amor y mis obras de amor.

Alma mía, en silencio atiende y mira, escucha y admira a tu Dios dentro de ti. Lo sabes; con certeza lo sabes. ¿Para qué quieres palabras que lo digan si le tienes presente en la realidad? ¿Ni cómo vas a encontrar palabras ni razones para expresar lo inefable? Ofrécete toda a Dios, mira a tu Dios, vive para tu Dios y calla mirándole con amor. En silencio muy callado se esperan las cosas misteriosas. Humilde y confiada atiende a tu Dios en silencio con mirada de fe. Espera el misterio de la obra misericordiosa de Dios en ti; es obra delicadísima de amor, de vida íntima, sobrenatural, eterna.

128. Cuando voy a visitar a alguno porque le amo mucho o porque le necesito, cuanto sea él de mayor dignidad o influencia y mayor mi necesidad y mi amor, pongo más delicado interés para estar con El y más atención y cuidado en lo que me dice.

Al llamar a su puerta, con delicadeza, pongo todo mi oído y atención para escuchar si vienen, si me abren ya. No hablo, estoy en gran silencio y expectación para escuchar mejor. Parece que en aquel momento se han olvidado todos los demás cuidados y obligaciones para pensar y vivir sólo para el que va a salir y con quien voy a tratar; hasta la respiración instintivamente se contiene.

Esta ha de ser mi oración o mi atención en la oración y luego durante el día. La oración es la puerta de la casa de Dios y el lugar de recibirme. En la oración llamo a la puerta de Dios, de mi Padre Celestial. Como soy pobre cieguecillo, que no veo, pongo todas mis cualidades y mi ser en oír y en atender hasta que se presente y vea y le mire sin moverme. Sé que Dios me escucha, pues Dios mismo es la puerta, y que me recibe. No puedo dudar que estoy delante de Dios, y que me mira y me ama; sé que se complace en que yo le busque, le llame, le mire y esté con El amándole y recibiendo su amor, ¿qué importa que no lo sientan mis sentidos ni se impresionen mis afectos? Me ama y le amo.

No debo tener esta atención a Dios sólo en el rato dedicado a la oración; debo fomentarla todo el día. Vivir de este modo es amor y entrega y hace que la presencia de Dios por el recuerdo y mirada sea como lluvia que va calando la tierra hasta saturar el alma; y va esclareciéndola con luz y vida de cielo. La atención a Dios es el levantamiento de nuestro espíritu en súplica, es el humilde grito de mi debilidad e impotencia que desea a Dios y le llama, es el llamar confiado a la puerta de mi Dios sabiendo que me está oyendo y se complace en mi insis-

tente llamada, aun cuando, a mi parecer, tarde y me haga esperar, pero se me mostrará y me lo concederá. Lo hace como la madre amorosa que oye llena de ternura el llanto y grito con que su hijito la desea e impotente llama desde la cuna. Acude la madre sin tardar mucho a ver y abrazar a su dulce y necesitado hijito y Dios también acudirá a mi llamada y me abrazará y auxiliará con más intenso amor que la madre a su hijito amado. *Dios mío, muéstrame tu rostro y seré salvo.*

Con toda la oscuridad y aridez que pueda tener es magnífica esta oración de fe en Dios, en quien vivo y el cual me llena y llenará. Es meritísima oración de esperanza en Dios, que me está oyendo y mirando complacido. Esta oración es la verdad del amor esforzado, que hace florecer la divina caridad, por la cual toma Dios posesión del alma. Es la presencia de Dios vivísima y cierta, pero todavía en oscura noche; ésta vale más que todos los tesoros del mundo y enseña más que todos los libros y sabios, porque la enseña el mismo Dios. Alma mía, ¿te atreverás a decirme que no puedes estar de este modo con tu Dios?

No puedo, es verdad, ni sé discurrir cómo desearía mi natural amor propio. ¿Y para qué quiero yo discurrir y hablar si lo que me importa es amar y Dios me entiende? ¿Qué puede valer ni aclarar lo que yo discurriera? Más ganaré con la humildad de no saber y Dios me lo dará todo junto y sazonado. Dios, luz infinita y sabiduría eterna, está en mí y me comunica sabiduría en este silencio. ¿Cómo estoy yo en el tiempo de la oración? Ni lo sé; tampoco lo supieron los apóstoles en el monte Tabor. Tú

lo sabes, Señor mío, y sabes mi deseo de amarte sobre todas las cosas y de ofrecerme; quiero estar continuamente junto a Ti y mirándote en la oración y en toda mi vida. De un alma muy sencilla y de mucha oración, preguntándola qué hacía en ella, aprendí esta enseñanza: *Estoy muy calladita en Dios y le amo mucho, mucho, mucho.* Y en verdad que el amor no tiene palabras, o muy pocas, cuando es muy íntimo y muy hondo; pero mira, escucha, acompaña, ama. El mucho hablar es del amor superficial o de la carencia de amor.

129. Lo tercero, *he de permanecer en la oración todo el tiempo señalado y mandado por lo menos.* En todos los buenos autores y santos he leído el mismo consejo: por más dificultades que sienta en hacer la oración, no debo restar nada del tiempo a ella destinado, sea el señalado por mi regla, que es más sagrado, porque está señalado directamente por Dios, sea el señalado por mí. Si estoy seco y hastiado, si me distraigo o estoy tentado, si me parece perder el tiempo o que le sustraigo a otras actividades, bendito sea Dios. Es lo más natural que en mi pobre condición y escasas facultades acontezca así. ¿Qué más natural pase todo eso en mí si soy la misma sequedad, tentación e impotencia? Mientras el Señor no ponga otra semilla en mí no puedo dar otro fruto. Por esto, como a los campos, tienen que limpiarme y cabarme bien. Lo extraño es que siendo yo quien soy, esté fervoroso y me sienta lleno de Dios. Esta es semilla puesta por Dios. Ningún concepto bajo, ruín y despreciable pueden formar los demás de mí que no vea yo estoy aún más aba-

jo en la realidad. No ven ellos lo malo mío que yo veo y mi amor propio esconde. Bien lo sabes Tú, Dios mío, y sólo Tú puedes remediarlo. A que lo remedies voy a la oración; para que siembres en mí tu semilla quiero estar Contigo. Eso espero de tu compañía en la oración.

Y si es tiempo perdido el que empleo en la oración, ¿en qué no pierdo tiempo yo? Lo pierdo en visitas si se me proporcionan, lo pierdo en fantasear dentro de mí mismo, lo pierdo en mirar por la ventana o en salidas inútiles o curiosas, lo pierdo en ver grabados de vana actualidad o en lecturas fantásticas que disipan, lo pierdo en conversaciones ligeras y cuando me están prohibidas. ¿Y juzgaré que la oración es tiempo perdido? Bien perdido está ese tiempo. Pero ¿en qué le puedo emplear mejor que en estar con Dios y en esperar a Dios? ¿No esperan con ilusión los niños a sus padres ausentes? ¿Y pierden el tiempo? ¿Saco más utilidad de tantas recreaciones y conversaciones fútiles y disipadas? Puedo perder tiempo con los hombres curioseando inutilidades y vanas disipaciones y aun quizá peligrosas ¿y me lamentaré del tiempo que dedico en la oración a Dios y tendré atrevimiento para decir que pierdo el tiempo con El? ¿Puede haber tiempo más aprovechado, más útil y meritorio que esperar a Dios y mirar que me mira? ¿Puede haberle más santo que acompañar a Dios y estar ante El aun cuando por flaqueza humana estuviera dormido como alguna vez los Apóstoles? Bendito ese tiempo empleado en la oración y ante Dios.

130. Si acudiese a la oración para satisfacer un gusto mío, aunque espiritual, aquel día no acudiría, ni quizás acudiese nunca, porque el demonio me pondría siempre cansancio y hastío. La oración no es darse gusto. La oración es dar gusto a Dios, ir a buscar la vida en la misma fuente; es estar con Dios o esperar a Dios. No voy a buscar mi gusto, que sería buscarme a mí mismo, sino a dar gusto a Dios y a buscarle para que ilumine, enriquezca y transforme mi alma. En cuanto pueda no debo dejar divagar la imaginación. *El tiempo de la oración es para Dios y para estar en Dios.* Ya no es mío, se lo he dado a Dios. ¿A quién puedo dárselo mejor que a El? Tengo que emplearlo bien dedicando los más ratos y más prolongados que pueda a esperarle, llamándole y tratando con El de su amor y de mi amor. Mucho hace el que espera en silencio y paciencia. Dios no dejará de hacerse presente. Como es tiempo de Dios y para Dios, más bien debo prolongarlo que abreviarlo.

No permitas, Dios mío, que el demonio me tome como instrumento suyo para aconsejar alguna vez a algún alma atribulada por la prueba y sequedad de la oración que deje esa oración superior a sus fuerzas y se contente con rezar y leer libros espirituales y ser buena. Este sí que es consejo del demonio y de perdición. Santa Teresa dice de sí misma, en el poco tiempo que determinó dejar la oración, que no veía que eso era meterse ella misma por las puertas del infierno.

Muy pocos santos y almas fieles se habrán visto libres de esta prueba durante algún tiempo más largo o más breve. También cayó en ella mi Santa

Madre. Es tentación terrible y prueba muy enmarañada para descubrirla, porque se presenta con aspecto de mayor bien unas veces, otras como desaliento. Santa Teresa dice es la peor de todas, porque es huir del bien y meterse en el mal. Ella volvió muy pronto a entregarse a la oración, no cansándose de lamentar el tiempo, aunque poco, que la dejó, y llegó a ser el alma de oración y el alma encendida en el amor de Dios. Dice que *la oración fue la puerta por donde el Señor la hizo tantas mercedes.* Es la puerta por donde Dios y el alma se comunican. Dios mío, dadme paciencia y constancia para esperar a esta puerta hasta que se me abra .Sé que Dios mismo me la abrirá y se me presentará.

131. Cuántas veces he admirado la paciencia del cazador esperando acurrucado hasta tres y cuatro horas para ver si se presenta alguna pieza y pretender cazarla. Lo hace por el entretenimiento y gusto que siente en la caza y para conseguir una pobre perdiz. ¡Cuántos días no se le presenta nada! Aun así, cuenta a sus amigos. ¿No tendré yo paciencia para esperar, para esperar a Dios cuantas horas y cuantos días, meses o años sean necesarios? Y yo sé cierto que ha de venir a mí; que está en mí agradándose cuando esto hago. Esperaré en silencio y formaré en rededor mío una atmósfera de vacío de criaturas y de recogimiento dentro y fuera de mi alma para esperar mejor a Dios, para que Dios abrevie su llegada, para recibir un lleno de luz y belleza de Dios.

El tiempo de la oración es tiempo de Dios. Si persevero, llegará el momento en que Dios me abri-

rá y me meterá Consigo; me dará su oración y su amor. Ya no tendré entonces esta mi pobre oración de discurrir, de fantasear, de hablar; tendré la oración íntima, de dentro, de lo hondo del alma, la oración de Dios; porque El me la ha dado y enseñado, en la cual el alma se derrite toda en amor y ofrecimiento en su presencia. Rompe el frasco de perfume ante El. Todos los esfuerzos que había realizado la parecen fueron nada ante el preciadísimo regalo de la oración que ahora disfruta. No hay bienes que a este puedan compararse ni agradable compañía de criaturas que se asemeje al gozo y agrado de la compañía de Dios, como no existe nada que pueda compararse con la luz, la hermosura y la palabra inefable de Dios. Al fin como regalo de Dios.

Ante la tentación de acortar la oración, determino alargarla. Procuraré estar recogido con mucho silencio y atención exterior e interior. ¡Cuánto esperaron a Dios casi todos los santos! Santa Tais en el desierto diecisiete años. ¡Santa Teresa de Jesús en el convento veinte! Cómo se alegraban después de haber tenido constancia en esperar y todo les parecía nada ante el valiosísimo regalo de la oración. Mi Santa Madre me dice que ni con todos los tesoros del mundo se podrían comprar unos instantes del gozo que Dios comunica al alma en el recogimiento de la oración. Mi Santo Padre me dice con incontenible gusto *que toda deuda paga* en la oración de cuantos sacrificios se han hecho para conseguirla *porque en el sabor de vida eterna que aquí gusta... se siente con exceso pagada,* recibiendo ciento por uno de consuelo y deleite aun aquí en esta vida. Y sobremanera me alienta leer en Fray Luis de Grana-

da esto que recoge de San Bernardo: «El ánima, que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia y gozar de ella en su manera, no sé si tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas del infierno que dejar la oración.»

132. Comprendo que este contento y gozo no está en mi mano ni a mi alcance; me lo ha de dar Dios. Los hombres deseamos la lluvia como deseamos que el sol ilumine la tierra; pero la lluvia cae de las nubes y el sol está en lo alto del cielo y sólo Dios tiene dominio sobre ellos, como sólo Dios puede poner ternura y gozosa confianza con su presencia. Yo puedo y debo desearlo; puedo y debo remover la tierra, arrancar las malas hierbas de mis miserias, apartarme de lo que pueda esterilizarme, y prepararme con mis esfuerzos y la ayuda del Señor. La siembra y el desarrollo tiene que hacerlo Dios. Pero no dejará de sembrar y estimular en mi alma virtudes, deseos de recogimiento y vida interior, ansias de santidad, de limpieza, de cielo, de El mismo, infinito. Dios se siembra en cierta manera a sí mismo en el alma haciendo brotar y crecer en ella su amor y su vida en la gracia sobrenatural. La tierra del alma, preparada y regada y sembrada por Dios, dará floración de cielo y frutos muy sazonados de vida eterna.

¿Cuándo tendré yo la dicha de llegar *a no saber ni poder tener mi oración y perseverar en recogimiento callado hasta que Dios me enseñe y me dé su oración? Y me la dará, porque la da a todo el que la pide, se dispone y persevera con humildad.*

133. *Necesito ser recogido.* La disipación es incompatible con la vida interior, con la oración y con la presencia de Dios. Con santa libertad me aconseja Santa Teresa el recogimiento sin encogimiento, que el encogimiento no trae las gracias del cielo ni hace amable la virtud, pero el recogimiento es necesario. Quien está hambriento de curiosidades y las procura, sean estas curiosidades de cosas o de personas o de noticias, no puede tener sujeta la atención a la mirada de Dios, ni la memoria ni la imaginación en recuerdo amoroso, ni el ánimo dispuesto para contentarse con sólo Dios. Jesucristo no habló a los mundanos y nos mandó no perteneciéramos al mundo mundano y nos enseñó que no caben en el corazón Dios y el mundo, el amor de Dios y los deseos mundanos. Dios manda al alma salir del mundo y que establezca su morada en la soledad con El, donde pueda hablarla y comunicarse con ella. En la morada interior hay luz y divino silencio y en este divino silencio se recibe la divina sabiduría y el celestial gozo.

El recogimiento y la modestia y compostura exterior ayudan a la atención interior y a la comunicación y compañía con Dios y nacen de la misma reverencia y dulce pero soberano acatamiento que se tiene a Dios. Aprendo en los libros que los hábitos se forman con la repetición de actos y cuando con vanas curiosidades y ligerezas me lleno de mil impertinencias, o pongo todo mi interés con mi atención y memoria en conocer y tratar amistosamente personas, en disiparme con las murmuraciones y enredos personales, familiares y sociales, todo ello me

hace imposible recogerme a solas, en silencio y atento a Dios y ponerme en la verdadera soledad, que se requiere para la oración, mirando que estamos en el mundo Dios y yo solos, que me habla y que le escucho. Todo eso me impide hacer un huequecito limpio en mi espíritu, para que Dios se digne vivir en él, y me hable y me guíe y yo en silencio le atienda. Dios y mundo y afición de mundo no caben en un alma. Quien ambiciona mundo en sus bienes y atractivos, cierra la puerta a Dios. Dios mío, que te escuche recogido y entrad en mi alma y sed la luz y fortaleza mía para que quiera y pueda adelantar en vuestros caminos y *estimaré todo lo demás como basura comparándolo con vuestra riqueza y hermosura.*

134. *He de procurar vivir la limpieza y delicadeza de conciencia por la intensidad y esmero de las virtudes.* No se cansa de repetirme mi Santa Madre que es necesaria la limpieza de conciencia. En habitación sucia y con telas de araña, no entra Dios. La morada de Dios es la luz y la trasparencia.

Aun cuando vea que no puedo estar en la oración con el afecto y discurso que desearía, aun cuando me vea en pesada aridez, no sólo me propongo no dejar la oración, pero ni aun lamentarme de no tener o sentir afectos para con Dios o de contrición y no poder prepararme con los ejercicios de las virtudes y del sacrificio para agradar a Dios y de prolongar, si puedo, mi oración. ¿Qué haré para que mi Padre celestial me abra la puerta cuando llame por la oración? Vivir más santamente y esperar a la misma puerta. La vida santa y de virtudes conmue-